

MONS KALLENTOFT

SACRIFICIO
DE
INVIERNO

Traducción:



MAEVA

Adelanto de edición. © Ediciones Maeva

Este libro se encuentra en proceso de edición,
puede contener erratas.

Galeradas promocionales.

MAEVA Ediciones es titular de todos los derechos de propiedad intelectual de estos archivos digitales. Todos los derechos están reservados y por tanto su contenido pertenece única y exclusivamente a MAEVA Ediciones. El acceso a este material no supondrá en forma alguna, licencia para su reproducción y/o distribución que, en todo caso, estará prohibida salvo previo y expreso consentimiento por escrito de MAEVA Ediciones. El usuario se compromete a usar estos archivos exclusivamente para uso personal.

Adelanto de edición. © Ediciones Maeva

Prólogo

Götaland Oriental, martes, 31 de enero

[En la oscuridad]

No me golpeéis.

¿Me oís?

Dejadme en paz.

No, dejadme entrar. Las manzanas, el perfume de las manzanas. Lo percibo.

No me dejéis aquí, en medio de esta fría blancura. El viento arrastra alfileres que devoran mis manos y mi cara hasta que no queda nada de piel congelada, nada de carne, nada de grasa en los huesos, en el cráneo.

¿No os dais cuenta de que desaparezco? No podría importaros menos, ¿verdad?

Los gusanos serpean por el suelo de tierra.

Los oigo. Y a los ratones, que copulan y se despedazan enloquecidos por el calor. «Deberíamos estar muertos a estas alturas—susurran—, pero tú has encendido la estufa y nos mantienes con vida. Somos tu única compañía en este frío». Pero qué compañía, en realidad. ¿Hemos estado vivos alguna vez o morimos hace ya mucho tiempo, en una habitación tan estrecha que no cabía en ella ningún amor?

Cubro mi cuerpo escuálido con un paño húmedo, veo arder el fuego por la ventana de la estufa, noto que el humo se eleva por mi agujero negro y sale hacia los pinos dormidos, los abetos, el musgo y la piedra gris, el hielo que cubre el lago.

¿Dónde está el calor? Sólo en el agua que hierve. Si me duermo, ¿despertaré?

No me golpeéis.

No me dejéis aquí en la nieve. Fuera.

Me volveré azul y luego blanco, como todo lo demás.

Aquí puedo estar solo.

Me duermo y, en mis sueños, vuelven las palabras: mierda de niño, que se mea en la cama, no eres de verdad, no existes.

Pero ¿qué os he hecho yo? Decidme sólo eso: ¿qué he hecho yo? ¿Qué sucedió?

¿Y de dónde procedía el aroma a manzanas la primera vez? Las manzanas son redondas, pero estallan, desaparecen en mis manos.

Migas de galleta en el suelo bajo mis pies.

Y no sé quién es, pero resulta que hay una mujer desnuda flotando sobre mí. Y dice: «Yo me ocuparé de ti, tú existes para mí, somos seres humanos, estamos unidos», pero de pronto la arrancan de allí, el techo de mi agujero se retuerce con un viento negro y oigo que algo se anilla alrededor de sus piernas y ella grita y guarda silencio. Luego vuelve, pero es otra, la sin rostro a la que he añorado toda mi vida, ¿escapó?, ¿me golpeó?, ¿quién es en realidad?

La bandeja de entrada parpadea. Está llena. Bandeja de salida vacía.

Puedo exterminar la añoranza.

Puedo pasar de respirar.

Si la añoranza y la respiración desaparecen, la unidad hará acto de presencia. ¿Verdad?

Me he despertado. He envejecido muchos años, pero mi agujero, el frío, la noche invernal y el bosque son los mismos. Debo hacer algo. Ya lo he hecho. Algo ha sucedido.

¿De dónde procede la sangre que cubre mis manos?

Y los sonidos.

¿Qué problema tienen?

Con tanto ruido, no se oye ni a los gusanos ni a los ratones.

Tu voz. El aporreo sobre los tablones claveteados que son la puerta de mi agujero. Y ya vienes tú, vosotros, venís por fin.

El aporreo. No bebas tanto.

¿Sois vosotros? ¿O son los muertos?
Quienesquiera que estéis ahí fuera, decidme que venís con
buenas intenciones. Decidme que venís con amor.
Prometédme.
Prometédme de verdad.
Prometed.

PRIMERA PARTE
DICHO AMOR

1

Jueves, 2 de febrero

El amor y la muerte son vecinos.

Ambos comparten un único rostro. El hombre no tiene que dejar de respirar para morir. Y tampoco debe respirar para vivir.

No existen garantías, ni cuando se trata de la muerte ni cuando se trata del amor.

Dos personas se conocen.

Amor.

Aman.

Aman y siguen amando hasta que, un día, se acaba el amor de forma tan repentina como una vez apareció, su fuente estaba seca, por circunstancias externas o internas.

También puede ocurrir que continúe hasta el fin de los tiempos o que sea imposible desde el principio y, aun así, inevitable.

¿Es dicho amor más bien una fuente de inconveniencias?

Sí que lo es, se dice Malin Fors mientras, de pie junto al fregadero, recién salida de la ducha y en el albornoz, unta mantequilla en una buena rebanada de pan con una mano y, con la otra, se lleva la taza de café a los labios.

El reloj de IKEA que cuelga de la pared blanca indica las 6.15. Al otro lado de la ventana, al resplandor de las farolas, el aire parece petrificado y convertido en hielo. El frío abraza los muros grises de la iglesia de Sankt Lars y las ramas blancas de los arcos parecen haberse rendido hace tiempo: «Ni una sola noche más a veinte grados bajo cero, preferimos que acabéis con nosotros, que nos dejéis caer muertas al suelo».

¿A quién puede gustarle un frío como éste?
Un día como hoy no es para los vivos, piensa Malin.

Linköping está paralizada, las calles de la ciudad se extienden lánguidas sobre una costra de tierra y el vaho de las ventanas ciega las casas.

La gente no se sintió con fuerzas ni para ir al Cloetta Center a ver jugar al LHC ayer por la tarde, tan sólo acudieron unas dos mil personas cuando, por lo general, suele haber lleno.

Me pregunto cómo le habrá ido a Martin, piensa Malin. Martin es el hijo de su colega Zeke, un producto local, un goleador que aspira a la selección nacional y a una carrera profesional. A Malin le cuesta interesarse por el equipo de hockey, pero viviendo en esa ciudad resulta imposible ignorar los destinos de los protagonistas del hielo.

Apenas si hay cuatro gatos en movimiento.

La agencia de viajes de la esquina de Sankt Larsgatan con Hamngatan exhibe tentadores carteles con destinos a cuál más exótico. Sol, playas, cielos de un azul irreal... todo eso pertenece a otro planeta, a un planeta habitable. Una madre arrastra un cochecito de gemelos ante la puerta del banco Östgötabanken, lleva a los niños bien abrigados en sacos de color negro, invisibles, indolentes, fuertes pero, al mismo tiempo, infinitamente vulnerables. La madre resbala sobre las placas de hielo ocultas bajo una capa de polvo, tropieza pero sigue adelante como si no hubiese más remedio.

—¡Joder con los inviernos de este país!

Malin oye resonar en su interior las palabras de su padre. Esa fue la razón por la que, años atrás, compró un bungalow de tres habitaciones en Playa de la Arena, una de las zonas residenciales para jubilados de Tenerife, justo al norte de la Playa de las Américas.

¿Cómo lo estarán pasando ahora?, se pregunta Malin.

El café la caldea por dentro.

Seguro que aún estáis dormidos y, cuando os despertéis, lucirá el sol y hará calor.

Aquí reina el hielo, continúa para sus adentros.

¿Debería despertar a Tove? Las chicas de trece años pueden dormir mucho, las veinticuatro horas, si se les presenta la ocasión. Y en un invierno como éste no estaría mal hibernar unos meses, librarse de salir al frío y despertarse lozano habiendo dejado atrás los grados bajo cero.

Dejará dormir a Tove. Permitirá que descanse ese cuerpo larguirucho y desgarbado.

No tiene clase hasta las nueve. Malin se la imagina. Se imagina perfectamente a su hija esforzándose por salir de la cama a las ocho y media, dando traspies hasta el cuarto de baño, duchándose, vistiéndose. No se maquilla nunca. Y luego la ve saltarse el desayuno, pese a sus constantes advertencias. Quizá debería probar una nueva táctica, se dice Malin. «Tove, desayunar es perjudicial. Hagas lo que hagas, no desayunes nunca.»

Malin apura el último sorbo de café.

Las escasas ocasiones en que Tove se levanta temprano es para terminar de leer alguno de los libros que devora de forma casi obsesiva. Tiene un gusto notable y avanzado para su edad. Jane Austen, recuerda Malin. ¿Qué niña de trece años lee cosas así, salvo Tove? Pero, por otro lado... Tove no es exactamente como las niñas de su edad. No necesita hacer ningún esfuerzo por ser la primera de la clase. Quizá sería mejor que tuviera que esforzarse, que hallase algún tipo de resistencia real...

Los minutos pasan y Malin quiere llegar pronto al trabajo, no desea perderse esa media hora, entre las siete menos cuarto y las siete y cuarto, en la que casi siempre está sola en la comisaría y puede preparar la jornada sin que la molesten.

Va al cuarto de baño, se quita el albornoz y lo deja caer al suelo de linóleo amarillo.

El cristal del espejo que cuelga de la pared está un poco inclinado y, pese a que eso hace que su metro setenta parezca enco-gido, su aspecto es esbelto, atlético y fuerte, preparado para comerse cualquier marrón que le venga encima. Ya le ha ocurrido antes, se ha topado con el marrón ha aceptado comérse-lo, ha madurado y ha seguido adelante.

No está nada mal para una mujer de treinta y tres años, piensa Malin. Y tiene confianza en sí misma. No hay nada que yo no sea capaz de hacer. Y luego, la duda, la certeza: No he llegado a nada en la vida, no he sabido seguir adelante y es culpa mía, sólo mía.

Su cuerpo.

Malin se concentra en su cuerpo.

Se da unas palmaditas en la barriga, saca los pulmones y sus pechos pequeños se elevan, pero, en cuanto ve los pezones apuntando al aire, se detiene.

Se agacha rápidamente y recoge el albornoz. Se seca la mechina corta y rubia y deja que los dos mechones de los lados le caigan sobre los pómulos salientes pero, al mismo tiempo, delicados, y le cubran la frente como un manto por encima de las cejas rectas que, como bien sabe, realzan sus ojos azul celeste. Malin arruga los labios, le gustaría tenerlos más carnosos, pero quizá entonces no encajasen con su nariz breve y un tanto regordeta.

Va al dormitorio y se pone unos vaqueros, una camisa blanca y un grueso jersey de lana de color negro.

Se atusa el cabello en el espejo de la entrada y se dice que las patas de gallo no se aprecian, seguramente. Se calza las botas Caterpillar.

Porque... ¿quién sabe lo que le espera?

Quizá tenga que ir al campo. El grueso anorak de relleno acrílico que compró en el Stadium del centro comercial de Tornby por ochocientos setenta y cinco coronas la hace sentirse como un astronauta reumático de movimientos torpes y lentos.

¿Lo llevo todo?

El móvil y el monedero, en el bolsillo. La pistola. Ese apéndice permanente. Sigue colgada del respaldo de la silla, junto a la cama sin hacer.

En el colchón caben dos cuerpos, y aún quedaría espacio en medio, una distancia para el sueño y la soledad en las horas más negras de la noche, pero ¿cómo encontrar a alguien que aguante, si ni tú misma te aguantas a veces?

Junto a la cama tiene una foto de Janne. Suele decirse que la puso para contentar a Tove.

En esa foto, Janne está bronceado y ríe con la boca, pero no con los ojos verdiazules. A su espalda se ve un cielo despejado, y a su lado una palmera se mece despacio al viento. La selva se atisba al fondo. Janne lleva un casco azul claro de las Naciones Unidas y una cazadora de algodón color camuflaje con la insignia de Räddningsverket, la agencia de salvamento sueca. Se diría que quiere girarse a mirar, asegurarse de que no se acerca ningún depredador surgido del denso follaje.

Ruanda.

Kigali.

Janne le contó que los perros devoraban a personas que aún no estaban muertas.

Janne se fue, se va, siempre lo ha hecho, como voluntario. O, al menos, ésa es la versión oficial.

Se va a la jungla de oscuridad tan espesa que se intuyen los latidos del corazón del mal; se va por los caminos ensangrentados y cuajados de minas de los Balcanes, transitados por camiones que, con su carga de sacos de harina, retumban al pasar junto a las fosas comunes mal disimuladas bajo fango y arena.

Y voluntario fue lo nuestro al principio.

La versión abreviada:

Una chica de diecisiete conoce a un chico de veinte en una discoteca cualquiera de cualquier ciudad de provincias. Dos individuos sin planes, iguales pero distintos y con un olor y unos presentimientos mutuamente aceptables. Dos años más tarde, ocurre lo que no debe ocurrir. Se rompe la membrana de goma y empieza a formarse un bebé.

—Tenemos que deshacernos de él.

—No, es lo que siempre deseé.

Sus palabras se cruzan sin encontrarse, pasa el tiempo y nace la pequeña, la niña de los ojos de todos, y juegan a ser una familia. Así pasan un par de años, algo enmudece, no resulta como habían pensado o quizá no habían pensado en absoluto, y sus cuerpos adquieren voluntad propia más allá de todo límite razonable.

Nada de explosiones, sino un pinchazo diminuto que conduce lejos, muy lejos en la tierra y mucho más lejos en el alma.

La cualidad existencial del amor, piensa Malin.

Dulcemente amargo. Como pensaba cuando se separaron, cuando el camión de mudanzas llegó a Estocolmo y a la Escuela Superior de Policía, cuando Janne huyó a Bosnia: Si me convierto en el mejor combatiendo el mal, el bien vendrá a mí.

Puede ser así de sencillo, ¿verdad?

Entonces, el amor volverá a ser posible. ¿Verdad que sí?

Se dispone a salir del apartamento y nota la pistola presionándole las costillas. Abre la puerta de Tove con cuidado. Distingue las paredes en la oscuridad, las hileras de libros en las estanterías, presiente el cuerpo adolescente y desproporcionado bajo la sábana turquesa. Tove duerme sin hacer apenas ruido, es así desde que tenía dos años. Antes tenía un sueño inquieto, se despertaba varias veces todas las noches, pero luego fue como si hubiese comprendido que la oscuridad y el silencio eran necesarios, al menos de noche, como si aquella pequeña de dos años supiese de forma instintiva que el ser humano necesita la noche libre para soñar de vez en cuando.

Malin sale del apartamento.

Baja despacio las tres plantas hasta la entrada del edificio. Siente a cada paso cómo se acerca al frío. El rellano está casi a bajo cero.

Ojalá arranque el coche. Hace tanto frío que la gasolina podría haberse congelado.

Vacila un instante ante la puerta. Siente deseos de subir corriendo las escaleras, de volver al apartamento, quitarse la ropa y meterse de nuevo en la cama. Luego vuelve el otro deseo, el de estar en la comisaría. Así que: abre el portal, corre hasta el coche, trata de atinar con la llave, abre la puerta, métete dentro, arranca y ponte en camino.

El aire gélido se aferra a ella en cuanto sale. Incluso cree oír cómo le crujen los pelillos de la nariz al respirar y siente que las

lágrimas se le adensan en los ojos; aun así es capaz de leer la inscripción de las puertas laterales de la iglesia de Sankt Lars: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

¿Dónde está el coche? El Volvo plateado modelo de 2004 está en su sitio, claro, enfrente de la galería Sankt Lars.

Los brazos abultados.

Malin mete con dificultad la mano en el bolsillo en el que cree haber guardado las llaves. No están ahí. El siguiente bolsillo. Y el siguiente. Joder. Debe de habérselas olvidado arriba. Pero entonces lo recuerda: están en el bolsillo delantero de los vaqueros.

Tiene los dedos rígidos y le duelen cuando los obliga a meterse en el bolsillo. Sí, ahí están las llaves.

–Ábrete ya, puta puerta.

El hielo ha perdonado al agujero de la cerradura y Malin no tarda en sentarse al volante, maldiciendo. Maldiciendo el frío, el motor que se atasca y se resiste a arrancar.

Lo intenta una y otra vez.

Pero el coche se niega.

Malin sale. Piensa: Tendré que tomar el autobús, pero ¿dónde está la parada?

Mierda, qué frío hace, mierda de coche de mierda. Y entonces suena el teléfono.

Busca indignada el estruendoso chisme de plástico. No se detiene a mirar quién es.

–Aquí Malin Fors.

–Soy Zeke.

–El puto coche no arranca.

–Tranquila, Malin. Tranquila. Escucha. Ha ocurrido una cosa terrible. Te lo contaré cuando llegue. Estoy en tu casa dentro de diez minutos.

Las palabras de Zeke parecen quedar flotando en el aire. Por su tono de voz, Malin deduce que ha sucedido algo grave, que el invierno más frío hasta donde alcanza la memoria del hombre acaba de convertirse en un invierno varios grados más imperdonable, que ha mostrado su verdadero rostro.